



Luanda a un emisario con el encargo de reanudar los contactos con ese país. Es difícil seguir con detalle el hilo conductor de la política de Washington en relación con el continente negro. "Si ustedes quieren entender algo de la política africana en Estados Unidos, no tengan en cuenta las intervenciones televisadas de Brzezinski ni los discursos de Carter", aconsejaba no sin cierto sarcasmo el "Times". Al único que hay que prestar atención, según el diario londinense, es al ponderado y razonable Cyrus Vance.

La primera vez que el flemático

financiero y material a las guerrillas interiores que luchan contra el poder central de Luanda. El almirante Stansfield Turner, jefe de la CIA, estaba de acuerdo, y había incluso tomado contacto con miembros del Congreso.

Pero el departamento de Estado y cierto número de consejeros próximos a Carter, apoyados naturalmente por el pequeño lobby angoleño de las grandes firmas interesadas por la antigua colonia portuguesa denunciaron el plan. Cyrus Vance logró, sin demasiado esfuerzo, frustrar esos proyectos recordando a Carter

dejando tras de sí una población con un porcentaje de analfabetismo del 90 por 100, una infraestructura de servicios arruinada, un sistema de comunicación destruido".

¿Y Etiopía? "Pedimos a los cubanos que no franqueasen las fronteras de Somalia, y nos hicieron caso. También tuvimos contactos con ellos a propósito de Eritrea, y renunciaron a inmiscuirse militarmente en esa zona".

Escuchando a Andrew Young, uno tiene la impresión de que son los americanos y no los soviéticos quienes han hecho progresos en África desde que Carter está en el poder. ¿No han vuelto a ser considerados *persona gratæ* en Mogadiscio, en Somalia? ¿No están ya negociando la reanudación de las relaciones diplomáticas con Etiopía? ¿Por qué entonces no repetir la operación con Angola? ■ F. SCHLOSSER.

Estados Unidos

Vuelve la ley de la jungla

Hay algo que quita el sueño estos días a los norteamericanos. Algo que crece como una bola de nieve y puede muy bien convertirse en el principal caballo de batalla de las próximas elecciones.

NATURALMENTE, no se trata de los derechos humanos: la especialidad obsesiva de Jimmy Carter. Ni, por supuesto, tampoco de la "guerra fresca": tema éste sobre el que tendrán que ponerse de acuerdo algún día Vance y Brzezinski, ese Jano bifronte que aconseja al Presidente. Ni es la bomba de neutrones: eso sólo nos interesa por ahora a los europeos... Digámoslo de una vez: la pesadilla de millones de ciudadanos estadounidenses, motivo de lanzamiento de una auténtica cruzada de costa a costa en la que participa, esta vez ruidosamente, la llamada mayoría silenciosa, es la carrera de los impuestos.

El joven abogado de los consumidores y paladín de la calidad de la vida, Ralph Nader, ha dejado paso, en el hit-parade de la popularidad local, a un espeso industrial jubilado de setenta y cinco años llamado Howard Jarvis. Recientemente, el semanario "Time" dedicaba al nuevo héroe de las clases medias americanas el tema de portada. En ésta aparecía el ciudadano Jarvis —pelo oscuro, a cepillo, gafas con montura de oro, nariz gruesa y papada—, amenazando con un puño. Era, naturalmente, el puño derecho, dirigido, es de suponer, a la Administración.

La rebelión de los contribuyentes

Jarvis es el padre de la ya hoy famosa "proposición 13": el instru-

mento de que se han dotado a sí mismos, tras votación ganada por cuatro contra dos millones de votos, los ciudadanos de California. Su objetivo: combatir la incidencia de la inflación sobre el valor de los bienes inmuebles y, consecuentemente, sobre los impuestos que debe pagar el ciudadano medio.

La proposición 13 establece una reducción futura del 57 por 100 sobre las cargas fiscales que hoy gravan el patrimonio personal —los impuestos anuales sobre la vivienda oscilan en torno al 3 por 100 de su valor, cada vez más alto, en el mercado—. Al mismo tiempo prohíbe en adelante cualquier elevación impositiva superior al 2 por 100 anual, porcentaje que siempre estará por debajo del que marque el aumento del nivel de vida.

La propuesta de Jarvis se impuso a la alternativa algo más modesta presentada en un primer momento por el propio gobernador de California, que preveía un recorte del 30 por 100 únicamente en el caso de los impuestos sobre la vivienda en propiedad. Guiado, sin embargo, por su olfato político, el propio gobernador Brown, un demócrata que puede dar que hablar en las próximas elecciones, acabó haciendo suya la propuesta de Jarvis y lo hizo con tanto entusiasmo que parecía, según "Time", como si él mismo hubiese sido el padre de la idea.

Pero si California ha resultado pionera en esta cruzada de los norteamericanos contra el fisco, otros Estado menos populosos se dispo-



Carter: promesa de ayudar a Giscard en la creación de una fuerza prooccidental en África.

co y prudente jefe de la diplomacia americana se salió de sus casillas fue a propósito precisamente de África, a finales de mayo. Cuando se enteró, primero, de que a raíz de una cana en la Casa Blanca, Carter había prometido ayudar a Giscard en la creación de una fuerza militar prooccidental en África. Y cuando tuvo conocimiento del plan que Brzezinski acababa de someter a Carter: el jefe del Consejo Nacional de Seguridad proponía enlazar con la misma política que Kissinger se había visto obligado a abandonar, tras su desaprobarción por el Congreso, tres años antes. Se trataba de "hacer sangrar" a los cubanos mediante nuevas acciones de la CIA, que irían acompañadas de un apoyo

sus condenas de la política africana de la Administración precedente durante su campaña electoral.

El moderado Andrew Young tiene también un argumento tan cínico como contundente: "Los africanos no tienen otra posibilidad de explotar y dar salida a sus productos más que con nuestra ayuda y en nuestros mercados. Dejémosles que sean ellos mismos quienes expulsen a los rusos, que sólo pueden ofrecerles armas".

Pero, ¿y los cubanos? Los cubanos, según Young, son apreciados por la mayoría de los países africanos. Fueron ellos, por ejemplo, quienes salvaron a Angola del caos cuando los portugueses abandonaron aquel país



nen ya a seguir su ejemplo. En Cleveland, Ohio, se ha rechazado recientemente un gravamen suplementario destinado a salvar de la bancarrota al sistema local de escuelas públicas. En Oregón y Colorado se han iniciado sendas campañas de recogidas de firmas. Los periódicos de distintas ciudades organizan encuestas entre sus lectores, que dan resultados abrumadores favorables a las reducciones fiscales. Y hasta el propio Carter —electorado obliga— ha manifestado públicamente sus simpatías hacia este movimiento que puede estimular al Congreso —son sus palabras— a ser más frugal.

Sin embargo, no todo es entusiasmo antifiscal. Está también la cara negra de la moneda. Por falta de fondos públicos, los programas de seguridad social, derechos humanos, entre otros, se ven seriamente amenazados. En California, muchas escuelas de verano han tenido que cerrar y es dudoso que

puedan abrir de nuevo el próximo otoño. Muchas librerías públicas no podrán seguir prestando sus servicios. Los presupuestos dedicados a sanidad sufrirán un importante recorte. Y lo mismo ocurrirá con la ayuda a la vejez. Los precios de los transportes públicos urbanos se duplicarán en muchos casos. Y cientos de miles de funcionarios, que trabajan en este tipo de programas, pueden quedarse en la calle.

El fenómeno que acabamos de describir, que en absoluto se circunscribe a los Estados Unidos —baste recordar que por culpa sobre todo de su política de impuestos, los socialdemócratas suecos perdieron las últimas elecciones— tiene un marcado carácter de rebelión espontánea, casi instintiva de unas clases medias que se sienten ahogadas y sin estímulos para seguir trabajando.

Pero, de modo paralelo a este movimiento, está incubándose en las Universidades norteamericanas una nueva escuela de economistas, herederos de la tradición neoclásica, y cuyo papel va a ser, sin duda, el de proporcionar a esa revuelta más o menos espontánea una base intelectual que la justifique.

Keynes ha muerto

Son mucho más oscuros —siempre lo es la labor del economista— e infinitamente más conservadores que los nuevos filósofos franceses. Sus nombres —Feldstein, Sargent, Boskin— no diran todavía gran cosa

quiera a los especialistas. Su escuela es la de Milton Friedman, el premio Nobel cuyos textos económicos son libros de cabecera para los consejeros económicos de Pinochet.

Si Bernard Henri-Lévy tiene todas las noches un mal sueño por culpa de Marx, la pesadilla de Sargent y sus colegas es John Maynard Keynes. Para los "nuevos economistas", la crisis de los últimos años ha demostrado lo erróneo de los planteamientos keynesianos en torno al estímulo del gasto público como más eficaz modo de conseguir la estabilidad económica y el pleno empleo.

Los grandes programas de "welfare" —de lucha contra la pobreza, entre otros— emprendidos bajo las administraciones de Kennedy y de Johnson han representado, según ellos, un auténtico despilfarro. Si en tiempos de Keynes eran nueve millones los beneficiarios del "social welfare", hoy suman casi quince millones.

Instituciones como el seguro de paro son del todo contraproducentes: acelerar la inflación, eliminar los incentivos para buscar trabajo, fomentar la pereza mental del empresario, que prefiere poner en la calle a sus empleados antes que reducir el horario de trabajo o buscar otras salidas. Lo mismo ocurre con el salario mínimo garantizado, que impide contratar a muchas personas que rinden menos, y fomenta además el trabajo clandestino.

¿Qué soluciones proponen, frente a las keynesianas, los nuevos economistas? Como regla general,

evitar al máximo la manipulación del mercado por los poderes públicos. Restringir los servicios que hoy presta el Estado en muchos países capitalistas. Parta de las funciones de la Seguridad Social por ejemplo, deberían pasar, según ellos, al sector privado. La medicina debe estar totalmente en manos privadas. Así como la educación. El Estado entregaría todo lo más cheques escolares o médicos, pero el ciudadano podría elegir hospital y escuela, que tendrían además plena libertad para fijar sus tarifas. Las leyes antitrust son más bien un estorbo. Los cárteles acaban destruyéndose solos.

En contra también de la opinión de Keynes, para quien el ahorro de los particulares dependía del nivel de renta y no de los tipos de interés, los nuevos economistas proponen, de acuerdo con las teorías neoclásicas, elevar los tipos de interés para estimular precisamente el ahorro, hoy inhibido por la inflación, y orientarlo hacia el sector privado.

El juego no puede estar más claro. Como escribía recientemente el socialista Jacques Attali en "Le Monde", bajo la apariencia de luchar contra la inflación, los Gobiernos occidentales —él se refería concretamente a Francia y su plan Barre— sólo intentan volver a formas anteriores del capitalismo. A la ley de la jungla de una economía pura de libre empresa. Lo de Chile es sólo un ejemplo de lo que puede ocurrir si se llevan esas teorías hasta sus últimas consecuencias. ■

JOAQUIN RABAGO.

RAMON

